

El teatro entonces sería más que un espectáculo, y algo más la obra dramática que un género literario inferior ó superior, ¡qué importa! Sería tribuna, sería cátedra, sería libro, sería templo, donde el pueblo que sufre y trabaja aprendería sin esfuerzo y sin pena, con las más bellas palabras, las más nobles verdades. ¿Serían alguna vez peligrosas esas verdades? La verdad no lo es nunca. No se alarme nadie porque el artista pueda conmover alguna vez á la muchedumbre con una verdad peligrosa. Dejad á toda protesta, á toda queja, á todo anhelo, que hablen alto; la queja no dicha, la protesta ahogada, son las que estallan después en bomba explosiva. ¿Y por quién mejor puede hablar el alma del pueblo que por la voz de los poetas? Pero dejad que sus almas se comuniquen. ¿Dónde mejor que en un teatro que por ser del pueblo lo sería también de los poetas?

PAN Y LETRAS ⁽¹⁾

EL TEATRO POPULAR

Cuando personas más autorizadas que yo, por su inteligencia y por la índole de sus estudios para tratar cuestiones sociales, han clamado en esta misma sección por necesidades tan perentorias como la alimentación, en el orden material, y las primeras letras, en el espiritual, parece atrevimiento ó ironía hablar en nombre de una aspiración de arte para un pueblo que no ha comido ni lleva trazas de comer en algún tiempo.

Panem et circenses aun era un programa de gobierno muy llevadero; *circenses* á palo seco sería burla muy despiadada.

Sólo me anima para no desistir del tema propuesto la consideración de que al llegar á resolverlo nuestros gobernantes, lo mismo han de parecer cosa de ideal y de ensueño la ca-

(1) De la Sección de artículos que, con este título, publicó el *Heraldo de Madrid*.

restía de los comestibles, que la primera enseñanza, que los elevados goces artísticos.

De la eficacia del Arte como medio educador, y, dentro del Arte, del teatro en particular, por reunirse en él para mayor eficacia los medios de expresión de todo arte, no es necesario razonar largamente. ¿No fué el teatro en sus orígenes unido casi siempre á ceremonias religiosas? En la vida de las sociedades modernas, ¿no fué siempre el teatro gran propagandista y vulgarizador de ideas, de problemas, de protestas sociales, que sólo por el teatro supieron llegar á la multitud?

Por secreto instinto, la multitud desconfía de toda verdad doctrinaria, sacerdotal ó política. Sabe que sacerdotes y políticos aman demasiado su verdad, la de ellos, y que la verdad no admite posesivos, mía ni nuestra, la verdad es de todos.

Por eso atiende más confiada al hombre de ciencia y al artista, porque sabe que la verdad que ellos dicen siempre tendrá adelantado para ser verdad el ser más desinteresada; porque el hombre de ciencia, el artista, no viven de una verdad, cualquiera que sea; viven para ella, y aun el artista, por no llamarla siquiera con su nombre, la llama Belleza. De este modo, para su disculpa, puede buscarla por todos los caminos, entre las más bellas men-

tiras... ¿No será eso, después de todo, la verdad; la más bella mentira?

La fe que cierra nuestros ojos, la poesía que los adormece, ¿no abren por igual al espíritu un más allá ilimitado sobre la verdad visible á nuestros ojos, tangible á nuestras manos? ¿Dónde está la verdad? Donde se ama. No en nuestro entendimiento, sino en nuestro corazón.

Bien lo dijo nuestro más profundo poeta dramático.

No hay sujeto en quien no imprima
el fuego de amor su llama.
Más existe donde ama
el alma, que donde anima.

Eduquemos por el sentimiento, eduquemos por el arte y hagamos del teatro popular templo y cátedra.

En la actual organización social, el teatro, como industria de Empresas particulares, sólo puede ser popular por la baratura; pero, ¡ay!, que del teatro ofrecido al pueblo en esas condiciones bien puede decirse lo que del chocolate de á peseta: más barato podrá ser; peor, imposible.

Para ofrecer al pueblo, al verdadero pueblo, espectáculos de arte decorosos sería precisa la subvención del Estado ó, en su defecto, la de

Corporaciones ó personas pudientes. Ese mismo abono, que se aburre ó se escandaliza una noche sí y otra no con las obras representadas, podía pagar y ceder sus localidades á los que no pueden asistir á los teatros de primer orden por lo elevado de sus precios. Algo más favorecería al arte nacional de este modo que comentando, con su charla insubstancial ó sus gestos desdeñosos, los trajes de las actrices y lo *latoso* de las obras que no les cosquillean agradablemente la epidermis, sin llegarles á ninguna entraña más honda y fundamental.

Sin soñar con esplendores de presentación ni con compañías de primer orden, creo, sin embargo, que una Empresa particular, con una modesta compañía bien disciplinada, con una dirección inteligente, podría ofrecernos un interesante ensayo de teatro popular.

Las más hermosas producciones dramáticas de todos los tiempos y de todas las naciones podían ser representadas precedidas de conferencias, que fueran un curso popular de literatura.

También debiera organizarse una serie de lecturas poéticas, á imitación de las que tan buen éxito lograron en el Odeón, de París, patrocinadas por Catulle Mendes, con la cooperación de los mejores actores.

Este teatro, así organizado, había de tener

algo de la antigua farándula en lo de correr mucho; que en nada como en arte se impone tanto la descentralización. De barrio en barrio, primero; después, de pueblo en pueblo, irían los comediantes, misioneros de arte, á difundir la bella palabra de la poesía.

Y no sería perdido su paso ni estéril el surco de luz ahondado en las almas. Miramos sólo á la tierra y al sembrador que esparce en ella el grano material que ha de fecundarla. ¡Miremos también al Sol, sembrador divino, sembrador de luz, que sin él la tierra no volvería al Sol la luz de sus rayos en el oro de sus espigas!

¿No es así el Arte, como el Sol, sobre la tierra, un sembrador divino, un sembrador de luz sobre las almas?

DE LA «MISE EN SCENE»

Arte colaborador, arte de interpretación pero muy delicado, es el de la *mise en scene*. Es la obra dramática escrita letra muerta que sólo sobre la escena adquiere su propio valor y su verdadera vida; entonces, tanto como el actor, contribuye al efecto producido, y para ello, tanto ó más que el actor, ha de ajustarse, ante todo, á ser fiel intérprete de la obra. Así como el verdadero artista musical no debe interpretar con el mismo estilo al severo Haydn que al apasionado Beethoven, al romántico Chopin que al fantástico Listz, un verdadero artista de la *mise en scene* no debe presentar del mismo modo una obra realista que una obra poética ó que una simbólica, una obra de fiel carácter histórico como una fantasía sobre motivos de Historia. Puede perjudicar tanto en unas la falta de verismo como en otras la sobra de realidad; es

imprescindible en unas la exacta reproducción del medio ambiente; conviene á otras cierta indeterminación y vaguedad, que dejen más libre vuelo á la fantasía.

Con motivo de la representación de *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare, interpretada por la célebre *belleza profesional* miss Langtry y presentada con la mayor propiedad arqueológica en decoraciones, vestuario y accesorios, discutióse mucho entre críticos de arte si convenía á la obra de Shakespeare tal minuciosidad histórica, cuando él en sus obras tanto prodiga impropiedades y anacronismos, y sus romanos, como sus griegos, como sus egipcios, no eran sino ingleses de su tiempo, y por ser así eran más humanos y mejor comprendidos por un público que antes había de conocerlos por hombres que por maniqués arqueológicos. El célebre Oscar Wilde escribió uno de sus más brillantes artículos pretendiendo demostrar que las obras de Shakespeare exigían toda esa propiedad y cuidado, porque nadie como él fué minucioso en fijar la *mise en scene* de sus obras. Desde el color del pelo y de los ojos en sus personajes hasta el color de sus vestidos y la traza de sus adornos. Falta saber si con esto procuraba *suplir* la realidad más que exigirla. Dadas las noticias que de los teatros de su tiempo tene-

mos, más es de creer que Shakespeare, como todos los autores dramáticos antiguos, ofrecía al oído de sus espectadores lo que sabía muy bien que no habían de ver sus ojos.

Aun en los teatros modernos, con todos los recursos de la escenografía moderna, sería imposible presentar con absoluta realidad los campos de batalla en que dos ejércitos contrarios aparecen al mismo tiempo, la selva que avanza del *Macbeth* ó los silfos que duermen en el cáliz de las rosas, como en *El sueño de una noche de verano*. Cuantos esfuerzos hiciera el Arte por dar realidad á estas escenas más destruiría la ilusión que la ingenua sencillez con que, sin duda, serían presentadas en los teatros primitivos. Hoy todavía por las pantomimas de circo, en que cuatro árboles dan la ilusión de un bosque, y un torreón la de una fortaleza, y los actores pasan del escenario á la pista y maniobran y pelean á pie y á caballo, podemos tener una idea exacta de los antiguos teatros populares y comprender como por tan sencillos medios podía lograrse la misma emoción artística, quizás mayor que hoy, en que necesidades de la *mise en scene* obligan á supresiones en las obras antiguas, que las desnaturalizan por completo, haciéndolas perder su amplitud de carácter y de ambiente. Creo que á las obras de

Shakespeare, como á las de nuestro Teatro antiguo, conviene, ante todo, una *mise en scene* que facilite las mutaciones, y creo también que á todas estas obras no sienta mal algún gracioso anacronismo.

Cuando Le Clairon y Talma reformaban la indumentaria en las tragedias de Racine, por atender á la verdad del traje perjudicaban quizás á la verdad del espíritu *raciniano*; si Berenice, Efigenia y Andrómaca sienten y se expresan con *paniers* y cabellos empolvados; si Británico, Hipólito y Tito discretean como cortesanos de Versalles y lectores de mademoiselle Scudery, ¿no les sentará mejor el anacrónico traje que la exacta copia del griego ó del romano?

Aun en las obras realistas modernas ha de cuidarse de guardar los términos en la composición escénica; cada accesorio ha de tener su verdadero valor, y no conviene recargar el cuadro con detalles superfluos que se destaquen demasiado del conjunto, y menos aún sobre las figuras. Apenas una obra ofrece ocasión para ello suele atenderse más á lo llamativo por vistoso que á lo propiamente necesario, y por lo regular en las obras modernas la escena aparece con un lujo uniforme, que tiene algo de lujo oficial por la falta de carácter y de personalidad.

Pocas veces podemos, sólo con ver la decoración, presumir algo del carácter de los personajes que en ella han de hablarnos, y la decoración ha de ser, ante todo, el propio ambiente de las figuras. Entendido así, el arte de la *mise en scene* es precioso auxiliar de autores y actores, es el arte que bastó á dar renombre á Irving (mediano actor; por otra parte) y á M. Antoine, fundador del Teatro libre (á quien como actor hemos tenido ocasión de juzgar en Madrid). Es arte digno de que verdaderos artistas lo cultiven, y dejar de ser, como sucede todavía entre nosotros, el segundo apunte ó el guardarropa los encargados de poner la escena á su elección y gusto. En España hay mucho que aprender todavía en tan difícil arte; pero justo es conocer que para lo que aquí se paga el teatro y para lo que suele apreciarse el esfuerzo de los que trabajan por darle decoro, ya es mucho lo que se hace, y obras hemos visto puestas en escena que no desmerecen en nada de las que en París y Londres se presentan en teatros ó subvencionados ó pagados con esplendidez. Aquí el teatro (todavía demasiado caro para la pobreza general del país) se paga mezquinamente, como si fuera artículo de primera necesidad, y el Arte sólo puede y debe ser un lujo; lujo que debieran pagar al pueblo los

Estados, no, como en la Roma ya decadente del Imperio, para divertirle con *panem et circenses*, sino, como en Atenas gloriosa y fuerte, para concederle la libertad de atreverse á los dioses con Eurípides y á los hombres con Aristófanes.

LA VERDADERA RECOMENDACIÓN

Al acercarse la temporada teatral cada vez que me anuncian una visita de señoras tiemblo; en segundo lugar por mí, en primer lugar por el arte dramático—¡el arte sobre todo!— porque bien puede asegurarse que se trata de una señorita que desea dedicarse al teatro, y acompañada de su mamá se presenta en busca de la recomendación que ellas creen indispensable.

Una madre de hijas es dos veces madre, y una madre de actriz en ejercicio, ó en ciernes, es la madre por excelencia, la maternidad misma. Así, no hay que decir la elocuencia con que nos expondrá la situación, mientras la niña calla y casi se oculta ruborosa, como si temiera revelarme demasiado pronto sus resortes escénicos.

La mamá se lo dice y nos lo dice todo. Unas veces tomándolo de arriba: Su hija, gracias á